

Fortificaciones de la II Edad del Hierro en el Bajo Aragón : un estilo regional

Salvador Melguizo, Pierre Moret

▶ **To cite this version:**

Salvador Melguizo, Pierre Moret. Fortificaciones de la II Edad del Hierro en el Bajo Aragón : un estilo regional. Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las fortificaciones protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo, Oct 2006, Madrid, España. p. 305-324. hal-00361154

HAL Id: hal-00361154
https://hal.science/hal-00361154

Submitted on 13 Feb 2009

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

BIBLIOTHECA ARCHAEOLOGICA HISPANA 28

PAISAJES FORTIFICADOS DE LA EDAD DEL HIERRO

LAS MURALLAS PROTOHISTÓRICAS DE LA MESETA Y LA VERTIENTE ATLÁNTICA EN SU CONTEXTO EUROPEO

Actas del coloquio celebrado en la Casa de Velázquez (Octubre de 2006)

por

LUIS BERROCAL-RANGEL y PIERRE MORET, EDS.

con las colaboraciones de

MARTÍN ALMAGRO-GORBEA, JESÚS ÁLVAREZ SANCHÍS, MARÍA AGUADO, MARÍA AZCONA, RAQUEL CASTELO RUANO, JUAN BLÁNQUEZ PÉREZ, GERMÁN ESTEBAN, STEPHAN FICHTI, SOPHIE KRAUSZ, ALBERTO J. LORRIO ALVARADO, SALVADOR MELGUIZO, FERNANDO PRADOS MARTÍNEZ, FERNANDO QUESADA SANZ, IAN RALSTON, ARMANDO COELHO FERREIRA DA SILVA, ANTÓNIO CARLOS SOUSA SILVA, MARIANO TORRES, ÁNGEL VILLA VALDÉS, MAR ZARZALEJOS PRIETO

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
CASA DE VELÁZQUEZ

MADRID, 2007

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

COMISIÓN DE ANTIGÜEDADES

Presidente: Excmo. Sr. D. FERNANDO CHUECA GOITIA
Vocales: Excmos. Sres. D. JOSÉ M.ª BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, D. JOSÉ M. PITA ANDRADE y D. MARTÍN ALMAGRO-GORBEA

PUBLICACIONES
DEL
GABINETE DE ANTIGÜEDADES

BIBLIOTHECA ARCHAEOLOGICA HISPANA 28

CONSEJO CIENTÍFICO

Presidente:

Excmo. Sr. D. JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, de la Real Academia de la Historia

Secretario y editor:

Prof. Dr. MARTÍN ALMAGRO-GORBEA, Académico Anticuario de la Real Academia de la Historia

Vocales:

Prof. Dr. JUAN MANUEL ABASCAL PALAZÓN, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Alicante

Dr. D. JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ MARTÍNEZ, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Director del Museo Nacional de Arte Romano, Mérida

Dr. MIGUEL BELTRÁN LLORIS, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Director del Museo de Zaragoza

Prof. Dr. MANUEL BENDALA GALÁN, Catedrático de Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid

Prof. Dr. GERMÁN DELIBES DE CASTRO, Catedrático de Prehistoria de la Universidad de Valladolid

Prof. Dr. GUILLERMO FATÁS CABEZA, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Zaragoza

Prof. Dr. FRANCISCO JAVIER FERNÁNDEZ NIETO, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Zaragoza

Prof. Dr. LUIS GARCÍA MORENO, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Alcalá de Henares

Prof. Dr. MAURO HERNÁNDEZ, Catedrático de Prehistoria de la Universidad de Alicante

Prof. Dr. MARC MAIER, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Lengua Latina de la Universidad de Barcelona

Prof. Dr. JOSÉ REMESAL, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Barcelona

Prof. Dr. GONZALO RUIZ ZAPATERO, Catedrático de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid

Dr. D. MANUEL SANTONJA, Museo Arqueológico Regional, Alcalá de Henares

Este trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto "Las fortificaciones prerromanas de la Península Ibérica. Estudio e inventario de las defensas protohistóricas de la Meseta y la Vertiente Atlántica (Ss. VIII-I A.C.)", BHA2003/02199 del Plan Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológico del Ministerio de Ciencia y Tecnología de España.

ÍNDICE

Páginas

PRESENTACIÓN 11
por LUIS BERROCAL-RANGEL y PIERRE MORET

PRIMERA PARTE: ESTUDIOS GENERALES

LUIS BERROCAL-RANGEL y PIERRE MORET
Las fortificaciones protohistóricas de la Hispania *céltica: Cuestiones a debate* 15

MARTÍN ALMAGRO-GORBEA y MARIANO TORRES
Las fortificaciones tartésicas en el Suroeste peninsular 35

FERNANDO PRADOS MARTÍNEZ y JUAN JOSÉ BLÁNQUEZ PÉREZ
Las fortificaciones coloniales en la Península Ibérica: De los modelos orientales a los sistemas púnico-helenísticos 57

FERNANDO QUESADA SANZ
Asedio, sitio, asalto,... aspectos prácticos de la Poliorcética en la Iberia prerromana 75

ARMANDO COELHO FERREIRA DA SILVA
A evoluçâo do sistema defensivo castrejo no Noroeste peninsular 99

IAN RALSTON
Celtic Fortifications in the British Isles 113

SOPHIE KRAUSZ
Les remparts celtiques du Centre de la France 135

STEPHAN FICHTL
Architectures des remparts celtiques de la Tène Finale dans l'Est de la Gaule 149

SEGUNDA PARTE: ESTUDIOS ESPECÍFICOS

LUIS BERROCAL-RANGEL y ANTÓNIO CARLOS SOUSA SILVA
O castro dos Ratinhos (Moura - Alqueva, Portugal): Um complexo defensivo no Bronze Final do Sudoeste peninsular 169

ÁNGEL VILLA VALDÉS
El Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias) y el paisaje fortificado en la Asturias protohistórica 191

ALBERTO JOSÉ LORRIO ALVARADO
El Molón (Camporrobles, Valencia) y su territorio: Fortificaciones y paisaje fortificado de un espacio de frontera 213

Páginas

JESÚS ÁLVAREZ SANCHÍS
El poblado fortificado de la Mesa de Miranda y su relación con el poblamiento prerromano del Valle del Amblés (Ávila) 237

LUIS BERROCAL-RANGEL
El poblado fortificado de El Castrejón de Capote y su paisaje: La fortificación de lo Sagrado 255

MAR ZARZALEJOS PRIETO y GERMÁN ESTEBAN
La secuencia defensiva prerromana de La Bienvenida-Sisapo (Almodóvar del Campo, Ciudad Real). Los trabajos en el flanco meridional de la fortificación 281

SALVADOR MELGUIZO y PIERRE MORET
Las fortificaciones del Bajo Aragón entre los siglos III y I a.C.: Un estilo regional 306

RAQUEL CASTELO RUANO, MARÍA ACONA y MARÍA AGUADO
Fortalezas convertidas en museos. Análisis de las estrategias de difusión y gestión del patrimonio fortificado en la Península Ibérica 325

LAS FORTIFICACIONES DEL BAJO ARAGÓN ENTRE LOS SIGLOS III Y I a.C.: UN ESTILO REGIONAL

SALVADOR MELGUIZO Y PIERRE MORET
Grupo de Investigación de la Universidad de Zaragoza PPVE / Casa de Velázquez

RÉSUMÉ

On étudie dans cette communication les fortifications de la fin de l'époque ibérique dans deux secteurs du Bas Aragon: l'embouchure du Regallo, à Caspe (sites de La Tallada et de Palermo I), et la moyenne vallée du Matarraña, entre Calaceite et Valdeltormo (sites de San Antonio, Els Castellans et Torre Cremada). On observe dans cette région un schéma récurrent, caractérisé par la présence de trois éléments qui se concentrent dans la zone d'accès la plus vulnérable: tour ronde ou tronçon de muraille incurvé, fossé et avant-murs.

RESUMEN

Se estudian en esta comunicación las fortificaciones del final de la época ibérica en dos áreas del Bajo Aragón: la desembocadura del Regallo, en Caspe, con los yacimientos de La Tallada y Palermo I, y el valle medio del Matarraña, entre Calaceite y Valdeltormo, con los yacimientos de San Antonio, Els Castellans y Torre Cremada. Se observa en ellos un patrón repetitivo, caracterizado por la presencia de tres elementos, concentrados en la zona de acceso más vulnerable: torre circular o muralla curva, foso y antemurales.

1. INTRODUCCIÓN

El objetivo de esta comunicación es el análisis de las constantes topográficas y arquitectónicas que caracterizan las fortificaciones del final de la época ibérica en dos áreas del Bajo Aragón: la desembocadura del arroyo del Regallo, en Caspe, y el valle medio del Matarraña, entre Calaceite y Valdeltormo (fig. 1). El carácter singular que confiere a esta región la forma curvilínea de las torres y la sofisticación de los aparejos trapezoidales, ya señalada hace años (Moret, 1996: 309, donde se hablaba de un «estilo local»), ha sido confirmado por las investigaciones y las excavaciones de la última década, como queda subrayado en un trabajo reciente dedicado en conjunto a las fortificaciones peninsulares (Berrocal-Rangel, 2004: 71-72).

Hemos escogido cinco yacimientos datados entre el siglo III y mediados del I a.C., dos en la zona de Caspe (La Tallada y Palermo I) y tres en el Matarraña medio (San Antonio de Calaceite, Els Castellans de Cretas y la Torre Cremada de Valdeltormo), con el fin de estudiar detalladamente sus fortificaciones y analizar sus relaciones. La Tallada, Els Castellans y San Antonio presentan la particularidad de haber sido excavados, parcial o completamente, durante la primera mitad del siglo XX. En estos tres casos, el trabajo consistió en la reevaluación de los datos publicados, el estudio del material de las excavaciones antiguas (en la medida en la que fue posible localizarlo) y el examen directo de las estructuras aún visibles. Se realizó además una microprospección sistemática de La Tallada y de su entorno inmediato. El yacimiento de Palermo lo fue intensivamente, especialmente a raíz de la construcción ilegal de un camino que destruyó niveles arqueológicos en su lado occidental en marzo del 2005. Torre Cremada es el único que fue objeto de excavaciones programadas entre 1995 y 2000 (Benavente y Moret, 2002).

Se realizaron levantamientos topográficos de la totalidad del yacimiento en La Tallada y Palermo I (Melguizo, 2005), así como en Torre Cremada (Benavente y Moret, 2002) (fig. 3 y 5). Los planos de Els Castellans y San Antonio que presentamos aquí (fig. 2) están basados en las viejas planimetrías de Bosch Gimpera, salvo en lo que se refiere a las obras defensivas, con una corrección parcial de la planta de las torres en el caso de San Antonio (Moret, 2002), y un nuevo le-

vantamiento del bastión biabsidial de Els Castellans que se realizó en julio de 2006 (fig. 8).

2. Historia de los descubrimientos

El descubrimiento de las fortificaciones tardoibéricas del Bajo Aragón data de los primeros años del siglo XX. En 1902, las primeras excavaciones de un jovencísimo Juan Cabré en Calaceite, cerca de la ermita de San Antonio, sacaron a la luz un hábitat fortificado ibérico excepcionalmente bien conservado. Este hallazgo despertó el interés del *Institut d'Estudis Catalans* que encargó a Pere Bosch Gimpera un ambicioso programa de excavaciones y prospecciones en el valle de Matarraña. A partir de 1914, y hasta 1923, quince yacimientos arqueológicos (sin contar las tumbas aisladas) fueron excavados bajo su dirección, completa o parcialmente, tres de los cuales presentaban potentes fortificaciones: San Antonio de Calaceite, Els Castellans de Cretas y la Torre Cremada de Valdeltormo (Bosch Gimpera, 1915-1920, 1931).

Las excavaciones realizadas en Els Castellans de Cretas por Lorenzo Pérez Temprado entre 1915 y 1920 han quedado casi inéditas, excepto una breve descripción del urbanismo de este pequeño recinto fortificado (Bosch Gimpera, 1931: 76-77). Sobre San Antonio, a los artículos citados de Bosch se añade una monografía realizada a finales de los años 1950 por Francisca Pallarés, en la que se reproduce el texto inédito de los diarios de excavación de Bosch Gimpera (Pallarés, 1965), así como la publicación póstuma de las notas y croquis de Juan Cabré (1984). De la Torre Cremada, sólo se sabía que Josep de Serra-Ràfols, entonces ayudante de Bosch, había realizado catas durante 1923 en dos habitaciones pegadas al torreón (Bosch Gimpera, 1931: 72, 76), hasta que un equipo dirigido por José Antonio Benavente Serrano y el segundo firmante de este trabajo retomó el estudio de este yacimiento de 1995 a 2000 (Moret *et al.*, 1997; Benavente y Moret, 2002; Moret et al., 2006).

En Caspe, los dos enclaves de los que aquí tratamos comienzan a aparecer en la documentación escrita durante la segunda mitad del siglo XIX, aunque serán descubiertos oficialmente para la investigación arqueológica por uno de los miembros del Grupo del Boletín de Historia y Geografía del Bajo Aragón, el calaceitano Santiago Vidiella (Bosch, 1915-1920: 655).

Debió realizar una visita a los yacimientos de La Tallada y Palermo a principios del siglo pasado en la que descubriría una estela ibérica reutilizada en la pared de la cercana ermita de San Marcos en Chiprana. Todo ello sin duda animaría la excursión de varios días que realizaron Bosch-Gimpera y Lorenzo Pérez Temprado hacia 1916, cuyas notas serían publicadas en el *Anuari de L'Institut d'Estudis Catalans* (Bosch, 1915-1920: 655-656) y que suponen para los dos enclaves su paso a la bibliografía arqueológica.

Los años 1927, 1930 y 1931, el segundo de ellos ayudado por su hijo Luis Pérez Fortea (restaurador del Museo Arqueológico Nacional y también antiguo colaborador de Bosch y Cabré) desarrollaron varias campañas de excavación en La Tallada y Palermo (Vallespí, 1957: 354; Vallespí, 2001: 72). La intervención de estos años se realizó en la parte que después definiría Manuel Pellicer como Palermo III-IV, asentamiento ocupado durante el Bronce Final y el Hierro inicial. No se actuó en el poblado ibérico tardío llamado Palermo I y del que aquí trataremos. Por causas desconocidas este trabajo de campo nunca vio la luz en publicación alguna. Cierto es que en 1932 cesó toda actividad arqueológica de Pérez Temprado tras su jubilación, y que la posterior Guerra Civil así como su avanzada edad, debieron impedir su propósito.

José Galiay glosó unas sucintas líneas sobre ellos en su Prehistoria de Aragón (Galiay, 1945: 130), pero no sería hasta inicios de los años cincuenta del siglo XX cuando Manuel Pellicer publicará sus investigaciones y prospecciones que sistematizaron los restos de los dos poblados (Pellicer, 1951: 391-394).

Hace poco editamos (Melguizo, 2005) un pequeño trabajo con la inestimable ayuda del profesor Enrique Vallespí que ha intentado sacar del olvido su memoria arqueológica. Recuperamos y actualizamos en él la planta de las construcciones de La Tallada así como los restos cerámicos procedentes de nuestras prospecciones que fijan, al menos aproximadamente, la ocupación de los dos enclaves.

3. Datos cronológicos

El torreón curvilíneo de San Antonio pertenece a la última fase de construcción del poblado, fechable según toda probabilidad en la segunda mitad del siglo III a.C. El abandono de este poblado se produce en circunstancias violentas (Moret *et al.*, 2006), entre los últimos años del siglo III y el comienzo del siglo II a.C., según la datación de los vasos de Campaniense A más recientes encontrados en las habitaciones destruidas por el fuego (Moret, 2002: 123-125).

Los datos de las excavaciones de principios del siglo XX sobre el recinto fortificado de Els Castellans son más imprecisos y contradictorios. Los materiales conservados en el *Museu d'Arqueologia de Catalunya* van desde el Hierro I hasta el siglo I a.C., sin que se pueda precisar su procedencia exacta, dado que las publicaciones de Bosch Gimpera no ofrecen detalles sobre el desarrollo de las excavaciones de Pérez Temprado ni sobre las relaciones entre materiales cerámicos y espacios de hábitat o estructuras defensivas. Sin embargo, se puede precisar un poco más la cronología del recinto fortificado gracias a un lote de material cerámico que procede de la excavación de una habitación situada en las inmediaciones del bastión, efectuada hace unos veinte años y que permanece inédita. Agradecemos a

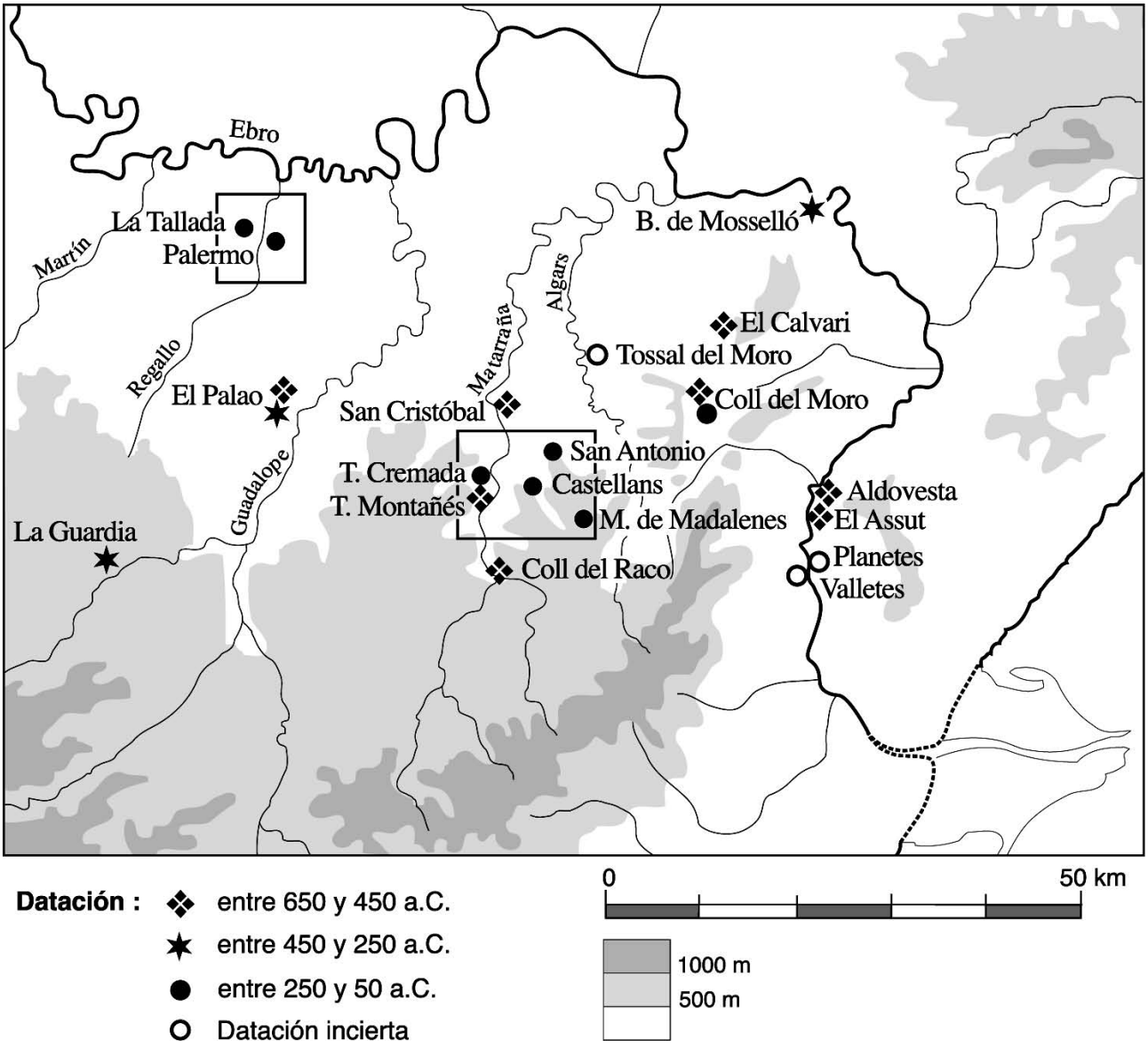


FIGURA 1.—*Mapa de distribución de las torres y obras de defensa curvilíneas en el tramo inferior del Ebro (según Moret, 2006). Recuadros: las dos áreas de estudio en el Bajo Aragón.*

Joaquín Llerda las valiosas informaciones y las facilidades ofrecidas para el examen de dicho material que se conserva en el Museo municipal de Cretas.

Varios vasos de cerámica ibérica pintada, especialmente las copas de borde exvasado, varios fragmentos pintados con motivos geométricos y alguna imitación de *skyphos*, presentan grandes similitudes con el material de San Antonio de Calaceite publicado por Pallarés (1965), lo que permite proponer con bastante seguridad una fecha inicial del siglo III para este conjunto. Otras piezas son claramente adscribibles a la época republicana, en particular copas ibéricas de borde convergente, parecidas a varios ejemplares de Torre Cremada, así como un fragmento de Campaniense A reciente que no parece posible fechar antes de finales del siglo II a.C. En ausencia de reformas o remodelaciones visibles en las estructuras arquitectónicas, se puede inferir de estos datos que la fortificación de Els Castellans fue construida en algún momento del siglo III, al igual que el torreón de San Antonio de Calaceite, pero que su ocupación se prolongó durante un período más largo después de la conquista romana, hasta bien entrado el siglo I a.C.

En la Torre Cremada de Valdeltormo, abstracción hecha de una fase de ocupación preibérica muy mal conservada, todas las estructuras excavadas pertenecen a la época republicana. Más precisamente, el estudio del material cerámico realizado por A. Gorgues proporciona una cronología entre finales del siglo II a.C. y principios del reinado de Augusto (Moret *et al.*, 2006).

Con respecto a los yacimientos de Caspe, presentamos aquí de forma muy resumida los elementos cronológicos que se exponen con más detalle en una publicación anterior (Melguizo, 2005: 33-37 y 42-46).

En La Tallada, la cerámica importada más antigua, localizada en prospección, es «una base de pátera de precampaniense fechada en el siglo IV a.C.» (Pellicer, 2004: 103 y 119). Agradecemos la comunicación verbal que nos hizo don Manuel Pellicer concretando un poco más el hallazgo. Fue catalogado por María Ángeles Mezquiriz y se trataría de parte de un fondo de un *kylix* con decoración impresa de palmetas. El hallazgo de un ejemplar del Taller de las Tres Palmetas Radiales (F 221 de Morel 1981, pl. 233) atestiguaría la permanencia del hábitat a finales de dicha centuria o en la siguiente, aunque en su gran mayoría los materiales hallados en prospección (Campaniense A media y tardía, Campaniense B, Barniz negro de Cales, Dressel I, paredes finas Mayet 3, cerámica gris ampuritana, cerámica de cocina itálica) se sitúan en la horquilla de los siglos II y I antes de la Era.

En Palermo I, el número de piezas estudiadas es más reducido, debido a la menor intensidad de nuestras prospecciones. Entre los hallazgos no figura ninguna importación que nos lleve más allá del siglo II a. C. y como en el caso de La Tallada se sitúan mayoritariamente entre los siglos II y I a.C. (Campaniense A media y tardía, Campaniense B y B-oide, Dressel I A, cerámica gris ampuritana, cerámica de cocina itálica).

En resumen, los sistemas fortificados que describiremos a continuación están plenamente vigentes en época republicana, entre 150 y 50 a.C., pero hunden sus raíces en una fase anterior —por lo menos desde finales del siglo III a.C.—, como queda atestiguado en los casos de San Antonio y de Els Castellans.

4. Elección del lugar y formas de asentamiento

Las fortificaciones de la cuenca media del Matarraña se sitúan casi todas en cerros testigos aislados, en medio del interfluvio entre el Matarraña y el Algars (caso de San Antonio y Els Castellans), o en las cornisas de arenisca que bordean el cauce del río (caso de la Torre Cremada).

El poblado de San Antonio ocupa una cumbre secundaria situada al sur del cerro que domina la actual ciudad de Calaceite, a medio camino entre los ríos Matarraña y Algars. En su fase inicial (siglo V a.C.), se trata de un poblado de calle central de poco más de 2200 m^2, defendido por dos torres cuadrangulares en el lado oeste. Este primer poblado sufre una profunda remodelación durante el siglo III, con la construcción de un un nuevo barrio situado en una terraza inferior, al oeste de la plataforma somital, que hace pasar su área ocupada a casi 3000 m^2 (fig. 2, 1). En esta nueva configuración, el barrio alto está compuesto por una treintena de casas situadas a ambos lados de una calle central, mientras que el barrio bajo suma ocho o nueve casas de gran tamaño. Las defensas, formadas por un gran torreón, una balsa/foso y varios antemurales, se concentran frente al istmo que une el cerro de San Antonio el cerro de San Cristóbal. Quedan entonces inutilizadas (o por lo menos pierden su función de flanqueo) las dos torres cuadrangulares del barrio alto.

El asentamiento de Els Castellans se ubica en un altozano que prolonga hacia el oeste un cerro que domina el Barranco de Calapatá, a cuatro kilómetros al suroeste de San Antonio. Se trata de un recinto muy pequeño, de menos de 1000 m^2 (fig. 2, 3). Sus defensas, formadas por un gran bastión biabsidal y dos antemurales, miran hacia el Oeste, lo que hizo suponer la existencia de otras estructuras (y posiblemente de un poblado más grande) al este de la zona excavada.

La fortificación de Torre Cremada está construida sobre un espolón rocoso triangular que forma parte de la cornisa arenisca de la margen izquierda del Matarraña (fig. 2, 2). Debajo del espolón, el asentamiento se extendía en la ladera, fuera del recinto fortificado.

La zona de Caspe se diferencia del valle del Matarraña por la omnipresencia de los paleocanales de arenisca, en un paisaje de relieves menos acusados y de clima más seco. En el caso de La Tallada, se eligió un gran paleocanal con orientación general norte-sur (fig. 3 y 4). La erosión diferencial dejó resaltado, en su ladera este, otro meandro unos cinco metros por debajo de su cota que discurre respecto al primero generando una curva. La ocupación, de acuerdo con los restos constructivos en superficie, aprovechó esos relieves para el área que definimos como acrópolis, a lo que hay que sumar el hábitat establecido en la ladera oriental hasta llegar a la zona llana. Por el contrario hacia poniente no se aprecian indicios de edificaciones.

Para protegerla, sus moradores seccionaron al norte toda la altura y anchura de ese accidente pétreo con amplio foso, hoy desmoronado por la erosión. El flanco occidental del relieve naturalmente defendible fue reforzado mediante una torre de planta rectangular. En el sector más elevado los muros traseros de las viviendas asumieron el papel de muralla que en su parte meridional se ve precedida por otra zanja excavada y dos antemurales. Ladera oriental y llano parecen contar con una delimitación perimetral establecida mediante lienzos, aunque la falta de excavación nos impide profundizar más en ella.

Palermo I está levantado también sobre dos resaltes areniscos con eje longitudinal norte-sur que determinan igualmente la superficie de su acrópolis (fig. 5 y 6). La ladera noreste es la más abrupta con un desnivel cercano a los 25 metros salvado en breve espacio, mientras que los flancos occidental y meridional son relativamente más accesibles. Se atestiguan viviendas y estructuras en todas las laderas del conjunto llegando a establecerse al este en el mismo llano.

El núcleo principal guarece su acrópolis mediante la elevación de dos torres hacia los sectores menos abruptos completadas en su función con esos cierres



FIGURA 2.—*Planta de los asentamientos de San Antonio de Calaceite (1), Torre Cremada de Valdeltormo (2) y Els Castellans de Cretas (3). Elaboración P. Moret. Los planos de San Antonio y de Els Castellans están basados en la planimetría de Bosch Gimpera, salvo los torreones cuya planta está corregida.*

de fondo de las viviendas ya comentadas. La más meridional se integra en un conjunto complejo: a sus pies se suceden dos fosos excavados en la roca que culminan en una potente muralla. Ésta encierra los recursos de agua situados en el cuadrante sudeste del poblado y parece prolongarse hacia el norte en el tránsito de la ladera al llano.

5. FORMAS ARQUITECTÓNICAS Y FUNCIONES

5.1. Lienzos de muralla:

En todos los yacimientos estudiados, el muro perimetral del asentamiento es poco potente, hasta tal punto que en varios casos resulta difícil hablar de una auténtica muralla. En la mayoría de los casos, el muro de cierre del poblado estaba constituido por las paredes de fondo de las propias viviendas. Éstas se distribuyen adosadas unas a otras, teniendo así su cierre posterior una doble funcionalidad: doméstica y defensiva. No se trata de ningún sistema novedoso ni improvisado pues es el utilizado en los «poblados de calle central» o «villages clos» del inmediato entorno geográfico desde el Bronce Final, así como el de todos aquellos que se distribuyen por el Noreste peninsular (Moret, 1996: 145-148).

Esta situación es especialmente notable en San Antonio de Calaceite y en Els Castellans de Cretas, donde se observa un fuerte contraste entre la monumentalidad del torreón, situado en el punto más débil del perí-

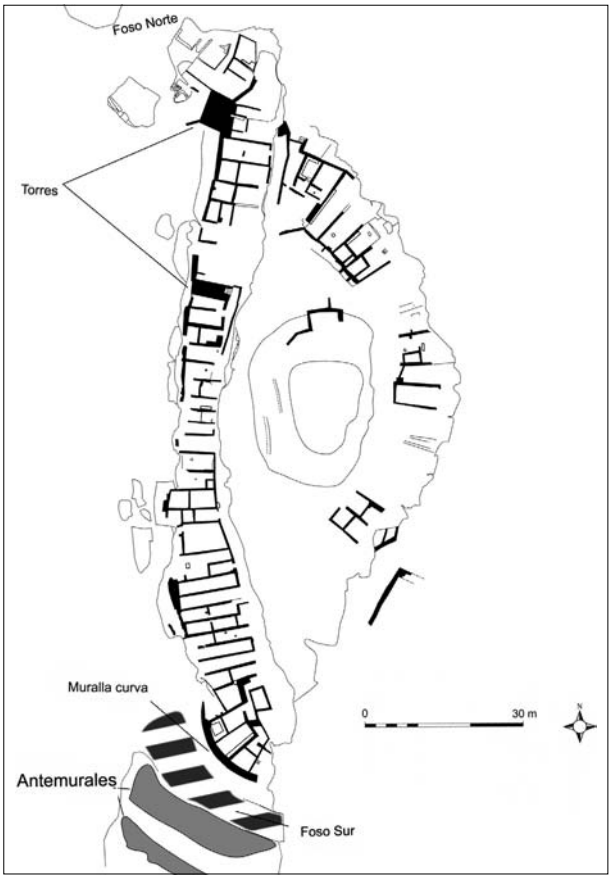


FIGURA 3.—*Plano de la acrópolis de la Tallada a partir de los restos conservados y del realizado por Lorenzo Pérez Temprado. Elaboración S. Melguizo.*

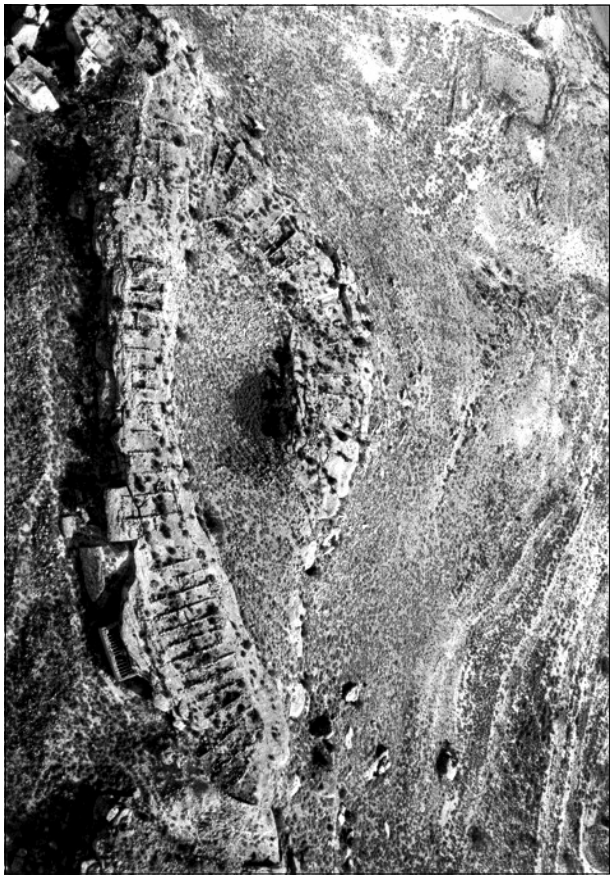


FIGURA 4.—*Vista aérea de los paleocanales que conforman la acrópolis de La Tallada. Foto S. Melguizo.*

metro del poblado y pieza maestra de sus defensas, y los muros de apenas un metro de grosor que hacen las veces de muralla en los otros lados, sin ningún elemento defensivo añadido (fig. 2). En Els Castellans, los paramentos escalonados que se ven al sur, en la parte alta de la ladera, son refuerzos o muros de contención, no estructuras defensivas.

En los dos yacimientos de Caspe, es necesario diferenciar dos áreas: la acrópolis o zona más elevada, y el barrio que se extiende en la ladera o en el llano al pie de la fortificación.

En las acrópolis, la implantación de las murallas utiliza dos tipos de base según su disposición natural en el terreno: la roca o las laderas de tierra. En el primer caso encontramos el flanco occidental de La Tallada. Allí el grosor conservado de los muros varía entre 0,5 y 0,9 m. No podemos hablar de un lienzo de muralla masivo e independiente, aunque pensamos que su objetivo lo conseguiría perfectamente la suma del escarpe vertical del relieve arenisco y las paredes edificadas sobre él. Podemos deducir de ello que el camino de ronda o adarve estaba constituido por los tejados de las viviendas que de alguna forma, o con estructuras desconocidas, deberían ofrecer protección al defensor. Así el paleocanal supone a la par una base sólida para las paredes y un zócalo natural abrupto, compacto y de gran tamaño frente a las tareas de zapa del enemigo. Lo mismo puede ser aplicado para la parte oriental más elevada de Palermo I.

Por último queremos destacar el cierre curvado meridional de la acrópolis de La Tallada. Su muro de 1,4 m de grosor supera con creces los antes comentados y aunque no es una torre, el aspecto casi monumental que debía ofrecer sobre las rocas del cantil arenisco, precedido de foso y antemurales, dotaba a la fortificación con algo más que meras estructuras funcionales.

En la parte de la aglomeración que se extiende en la ladera y el llano, nuestras observaciones no dejan de ser ciertamente subjetivas a partir de los restos en superficie. En La Tallada encontramos parte de este cierre descendiendo por la ladera oriental. Allí un lienzo de 11 metros discurre perpendicular a la pendiente hasta girar en ángulo recto y desaparecer en superficie. Queda en evidencia su configuración de hiladas de mampostería regularizada al exterior y relleno de menor módulo contando con una anchura total de 1,6 m.

Igualmente contamos con los indicios hacia el norte y este del sector menos abrupto del poblado (fig. 7). En la primera zona queda a la vista un tramo de 109 m lineales que discurre en dirección noroeste-sudeste, siendo en la actualidad el límite con los campos culti-

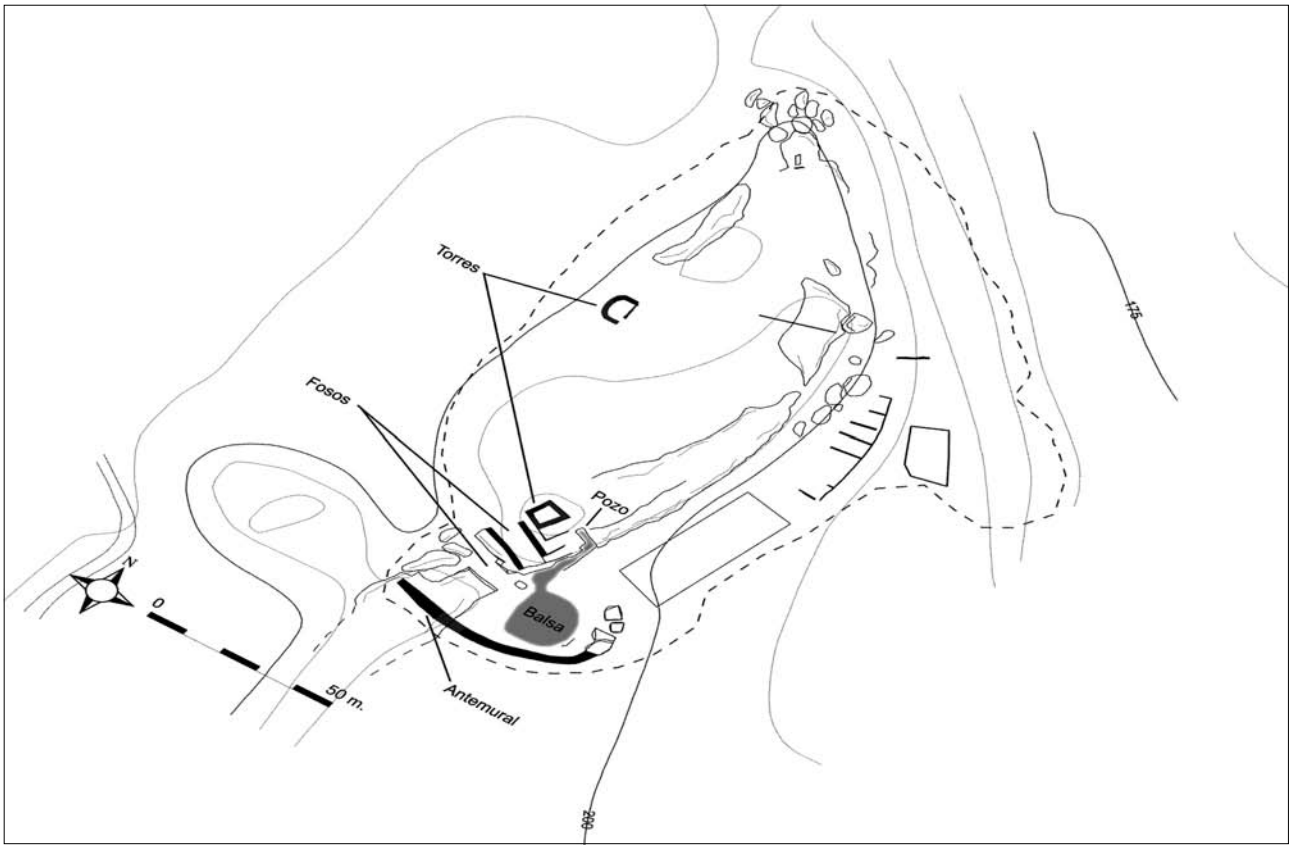


FIGURA 5.—*Plano de las principales estructuras visibles de Palermo I. En línea discontinua, extensión de los restos en superficie. Elaboración S. Melguizo.*



FIGURA 6.—*Vista aérea de Palermo I desde el SSE. Las flechas indican el perímetro del antemural que resguarda la balsa y el límite fortificado en el llano Este. Foto S. Melguizo.*

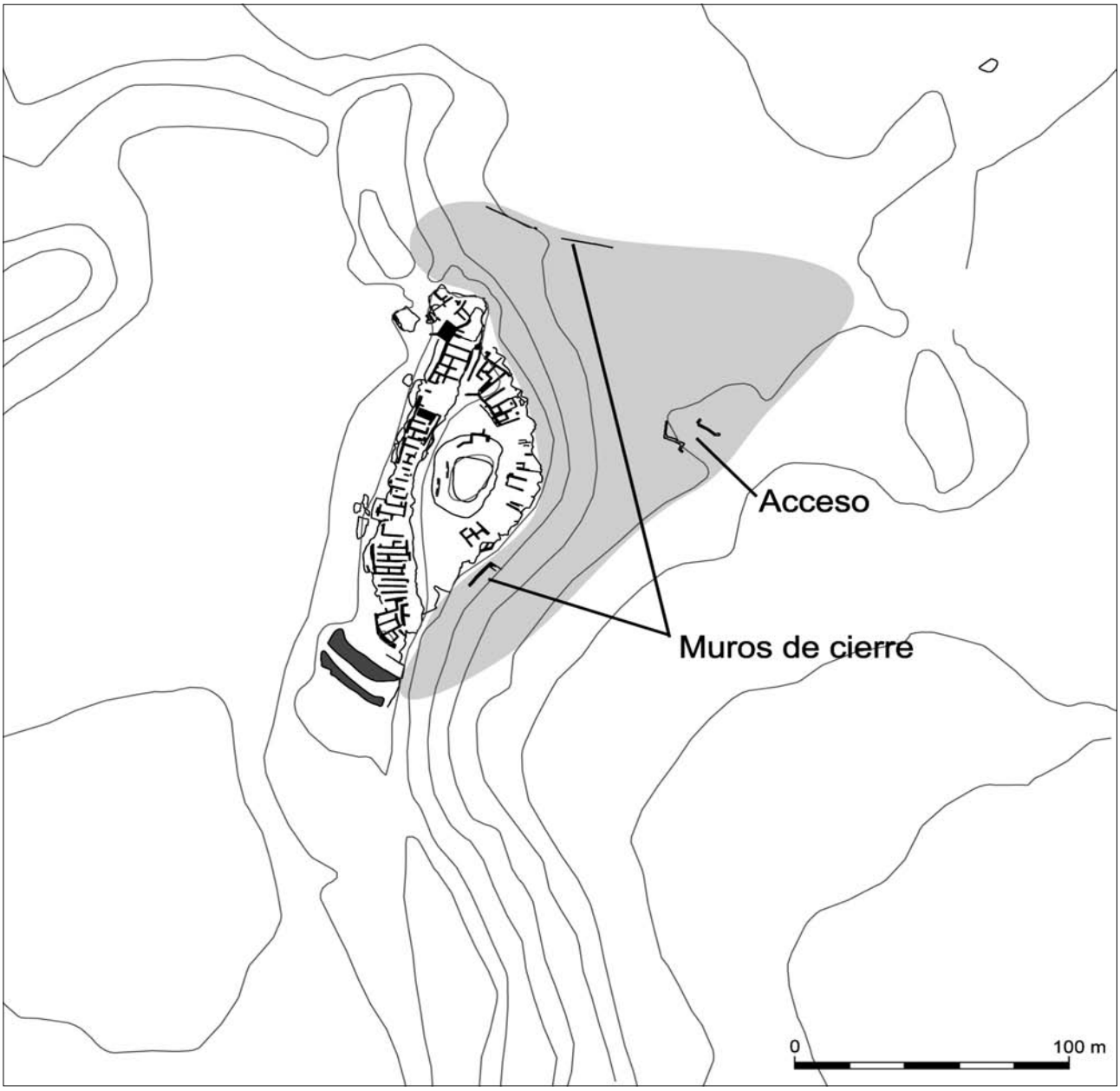


FIGURA 7.—*El yacimiento de La Tallada. En gris, extensión del hábitat en ladera y llano con la indicación de posibles estructuras de delimitación y acceso. Elaboración S. Melguizo.*

vados. Hemos obtenido unas medidas entre 1,5 y 1,6 m de grosor que vienen a coincidir con lo constatado en el anterior ejemplo, concordando así mismo la técnica constructiva. El muro desaparece al este sobre otro paleocanal situado a una altura inferior con respecto a los dos de la acrópolis. La cota del sustrato rocoso regulariza en horizontal la parte baja del poblado salvo en una depresión. Precisamente en ella volvemos a encontrar restos de cimentaciones que continúan la línea de cierre. Otras enmarcan la vaguada en sus laterales largos, generando así lo que interpretamos como un posible acceso a esta parte inferior del asentamiento.

En Palermo I (ver fig. 6), el sector sudeste del asentamiento, desde la cima del paleocanal al llano inmediato, cuenta con una obra defensiva cuyo grosor varía entre los 2,65 y 2,2 m. Sus características técnicas vienen a coincidir con las expuestas para La Tallada, aunque matizaremos un poco más su planta y finalidad. El desarrollo hacia el oeste se encuentra completamente perdido al haberse producido un desmoronamiento erosivo masivo. Es hacia oriente donde podemos seguirlo. Sus vestigios continúan perpendiculares al eje del paleocanal hasta su base para comenzar a describir una curva hacia el norte y alcanzar los restos de otro elemento natural arenisco que perfectamente pudiera desempeñar esa misma función. En esa zona, las ruinas de un gran corral parecen impedirnos reconocer la continuidad de su trazado. Resulta evidente que esta construcción moderna aprovechó para su edificación la inmediata cantera arqueológica,

e incluso algo más que eso. Su fachada externa, partiendo desde esas rocas, llega a coincidir con los cimientos de una potente pared que a lo largo del flanco oriental discurre paralela al paleocanal más elevado.

Regresando al sector meridional de Palermo I, el grueso lienzo protege junto con el paleocanal uno de los elementos sin duda fundamentales y vitales —como también puede ocurrir en La Tallada— para el conjunto del yacimiento: una balsa y un pozo excavado en la roca para acceder a ella desde la acrópolis. El esfuerzo para defender los recursos de agua parece más que obvio. Cruzando a la ladera occidental, la de mayor accesibilidad, y antes de la vandálica destrucción ocurrida en 2005, contaba con lo que interpretamos como otra muralla. De ella en superficie se veían parte de sus potentes paramentos interiores en algunos puntos. En la actualidad poco o nada queda de ello.

Queda aparte el caso de Torre Cremada —probablemente el más reciente de todos—, porque ahí la fortificación y el hábitat están claramente separados (Benavente y Moret, 2002). En la parte más alta del yacimiento, se ha excavado un recinto fortificado que ocupa un área superficial de unos 400 m^2 (fig. 2,2). Una muralla de 1,5 a 2 m de grosor lo cierra comprendiendo varios departamentos rectangulares o trapezoidales, repartidos a ambos lados de un corredor o callejón medianero que conduce al potente torreón del que hablaremos más adelante. En la ladera que se extiende debajo de esta fortificación, la presencia de algunos muros visibles en superficie y el hallazgo de materiales arqueológicos de época ibérica tardía, permiten delimitar —a pesar de un fuerte proceso de erosión— un área de aproximadamente una hectárea de superficie en la que parecen adivinarse estructuras de hábitat. Según el aspecto actual de la superficie de esta amplia extensión de terreno, no parecen existir murallas (excepto tal vez en el extremo noreste), si bien este aspecto, como muchos otros, no podrá confirmarse hasta que no se realicen excavaciones arqueológicas más sistemáticas.

5.2. Torres:

Las torres curvilíneas, circulares o absidales son uno de los elementos definidores más notables de una zona geográfica que se extiende a lo largo del curso del Ebro a partir de Caspe, preferentemente al Sur del río, incluyendo el Bajo Aragón, la *Terra Alta*, la *Ribera d'Ebre* y el *Baix Ebre* (Moret, 2006) (fig. 1). Los descubrimientos de la última década (El Palao, Palermo, Tossal Montañés, El Calvari, Barranc del Mosselló, Palermo I) confirman que en toda esta región las torres redondas son mayoritarias con respecto a las de planta cuadrangular. En el Bajo Aragón, las únicas cuadrangulares que se conocen son las dos del barrio alto de San Antonio de Calaceite (Moret *et al.*, 2006), la de la entrada de El Taratrato de Alcañiz (Moret, 1996: 420), las dos rectangulares de El Cabo de Andorra (Benavente, 2004: 14 y fig. 3-4), las dos de La Tallada de Caspe y la de Palermo I.

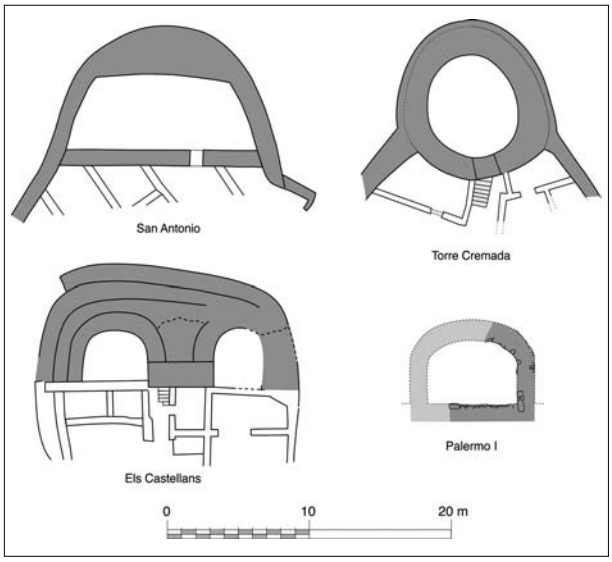


FIGURA 8.—*Planta de los torreones curvilíneos de San Antonio de Calaceite (según Moret, 2002), Torre Cremada de Valdeltormo (según Moret et al., 2006), Els Castellans de Cretas (según planimetría nueva de julio de 2006) y Palermo I de Caspe, flanco Oeste (planimetría abril de 2006). Elaboración S. Melguizo y P. Moret.*

La presencia de torres redondas está documentada en esta área durante toda la Edad del Hierro, desde la primera aparición de un urbanismo estable hasta el final de la época republicana, a lo largo de ocho siglos. Esto significa primero que la forma curvilínea estuvo presente en las tierras del Ebro antes de la formación de la cultura ibérica *stricto sensu* —podemos hablar, por lo tanto, de un elemento de substrato—, segundo que el desarrollo de la cultura ibérica no hizo más que potenciarla y darle mayor difusión (con las lógicas adaptaciones y evoluciones), y tercero que sobrevivió varias décadas a la incipiente romanización de las comunidades indígenas, experimentando su última evolución bajo el dominio romano entre 150 y 50 a.C. Así pues, a pesar de los profundos cambios que durante ese largo período sufrieron los patrones de asentamiento, las formas de hábitat, los conceptos defensivos y los modelos de organización socio-política, el referente arquitectónico (y tal vez simbólico) que constituye la torre de planta circular o curvilínea se mantuvo siempre presente.

En este panorama, los torreones curvilíneos de aparejo casi regular forman una categoría aparte. Están documentados a partir de la segunda mitad del siglo III (en San Antonio de Calaceite) y hasta la primera mitad del siglo I a.C. (en Torre Cremada). Esta tardía y última evolución conserva la idea de la planta curvilínea, pero con profundos cambios: las dimensiones aumentan, los aparejos son más cuidados y aparecen formas muy diversas (fig. 8). Se nota pues una tendencia a la monumentalización y a cierto barroquismo, lo que probablemente delata la acentuación del papel simbólico y ostentatorio de la torre.

El torreón curvilíneo de San Antonio de Calaceite, situado cerca de una puerta, al extremo norte del barrio nuevo, constituía la pieza maestra de las defensas (Moret 1996: 424-425; Romeo 2002: 179-180; Moret *et al*., 2006). Presenta una planta aproximadamente semicircular (fig. 8). El muro rectilíneo que forma su fondo (al sur) tiene una longitud de 13,60 m, y su radio, en perpendicular al centro de ese muro, es de 8,25 m. El muro de fondo se va engrosando progresivamente a partir de los extremos hasta alcanzar un espesor de 3,25 en el centro. Los paramentos externos, incluido el del muro de fondo, están cuidadosamente dispuestos, con un aparejo entre rectangular y poligonal muy similar a los de Els Castellans y Torre de Foios, en tanto que los paramentos de la cámara interna son muy toscos.

Esta torre carece de entrada en la planta baja. El acceso al interior se hacía mediante una puerta que comunicaba la primera planta de la torre con la de las casas adyacentes. Esta abertura, visible en una fotografía antigua (Moret *et al*., 2006, fig. 153), fue tapiada a raíz de las restauraciones de los años 1970. El edificio fuerte ocupa un lugar que a primera vista parece poco adecuado para la defensa del poblado: está situado en su punto más bajo y en el fondo de un ángulo entrante. Sin embargo, combinado con una balsa artificial destinada a recoger las aguas pluviales (Bosch Gimpera, 1931: 77 y fig. 147), dificultaba el acceso, obligando al posible atacante a seguir un recorrido en zigzag, costeando el torreón de oeste a este por el estrecho terraplén que lo separa de ella, antes de llegar a una puerta muy estrecha, pegada al escarpe rocoso y casi escondida detrás del torreón.

En Els Castellans de Cretas, el elemento más llamativo de las defensas es un bastión más ancho que largo (18,2 x 8,7 m) que cerraba el extremo occidental del poblado (fig. 8). Presenta una planta original, asimétrica, con partes curvas en ambos lados y un tramo rectilíneo en medio. Tiene una parte maciza de tres a cuatro metros de grosor, formada por varios paramentos adosados, y contiene en la parte que mira hacia el Este (hacia el interior del poblado) dos compartimentos absidales geminados cuya función se desconoce (¿casamatas?). En el eje de la calle central, una escalera de piedra con cinco gradas conservadas daba acceso a la parte alta del torreón, como en la Torre Cremada de Valdeltormo. El paramento exterior está marcadamente ataludado y destaca por la calidad del aparejo, parecido al de San Antonio de Calaceite, con una mezcla de sillares rectangulares y poligonales. A poca distancia, dos antemurales completaban las defensas del lado oeste.

En el yacimiento de Torre Cremada (Valdeltormo), se conservan los restos de otro gran torreón de planta ligeramente elíptica, con un eje mayor que alcanza los 12 metros, un eje menor de 10,3 metros y un diámetro interior de unos 8 metros (fig. 8). Se construyó con grandes sillares y mampuestos toscos de arenisca que fueron trabados con una simple argamasa de barro sin mezcla de cal. El aparejo es rectangular aunque con hiladas bastante irregulares. Los bloques son de tamaño mediano, presentando en su cara vista una superficie lisa bien acabada. El muro perimetral muestra un ligero talud y alcanza un espesor de 2 m en el sector norte. El alzado del mismo se conserva en buena parte con una media aproximada de unos dos metros, si bien, en el sector norte, mucho mejor conservado, todavía alcanza una altura que supera los 5,50 metros. Por la considerable longitud de las hiladas de desplome y derrumbes del tramo superior del sector norte, que cayó sobre el tramo sur y que quedaron registrados en el proceso de excavación y desescombro del interior del torreón, se puede deducir que éste pudo tener una altura superior a los 10 m. En una primera fase, existió una puerta que permitía el paso entre su planta baja y el espacio de hábitat adyacente; posteriormente, este hueco fue cegado y reemplazado por una escalera maciza exterior de piedra. Se supone que desde esta escalera se accedía directamente a la primera de las plantas del edificio.

La Tallada de Caspe cuenta en el sector norte de la acrópolis con una torre de planta rectangular adosada a la «muralla» occidental del poblado, es decir y como ya hemos dicho, a las paredes posteriores de las viviendas hacia el sur (fig. 3 y 9). Se eleva en su parte mejor conservada casi dos metros y medio mediante hiladas irregulares de mampostería. Sus lados miden 6,72 por 4,46 m en la base. Junto a ella, hacia el noroeste, y en un trabajo anterior, planteamos que el sustrato rocoso en su desarrollo original pudo generar un bastión natural (Melguizo, 2005: 26). Numerosas huellas de peldaños y otros grandes entalles labrados nos hacían intuir la existencia de un acceso hacia la parte baja y tal vez de una puerta, lo que evidentemente convertiría a este ámbito en uno de los puntos críticos del recinto. Los recientes trabajos de restauración en el lugar han echado por tierra tal hipótesis, al norte y al oeste se adosan viviendas lo que evidentemente trunca ese acceso e imposibilita cualquier tipo de flanqueo, al menos para la fase evolutiva del poblado que tales estructuras constructivas determinan.

Un poco al sur del conjunto y en el interior del poblado encontramos una edificación con unas medidas máximas de 6,64 m de largo, por 2,97 m de ancho (fig. 2 y 10). Conserva una altura que supera por poco el metro y su planta viene a coincidir con la de las viviendas inmediatas, pero esta vez se diferencia como un elemento macizo al estar su interior relleno de piedra. En su esquina noreste permanecen cinco peldaños de una escalera. Podríamos pensar en la base de otra torre rectangular. Su situación interior en el poblado amplía sus posibles funciones desde la defensiva hasta la estratégica como atalaya o punto de transmisión de señales (Moret, 1996: 119). Tampoco hemos de descartar que nos encontremos ante un acceso al adarve. Hemos apuntado al hablar de los lienzos de



FIGURA 9.—Torre Norte de La Tallada. Foto S. Melguizo.



FIGURA 10.—Torre interior de La Tallada. Foto S. Melguizo.

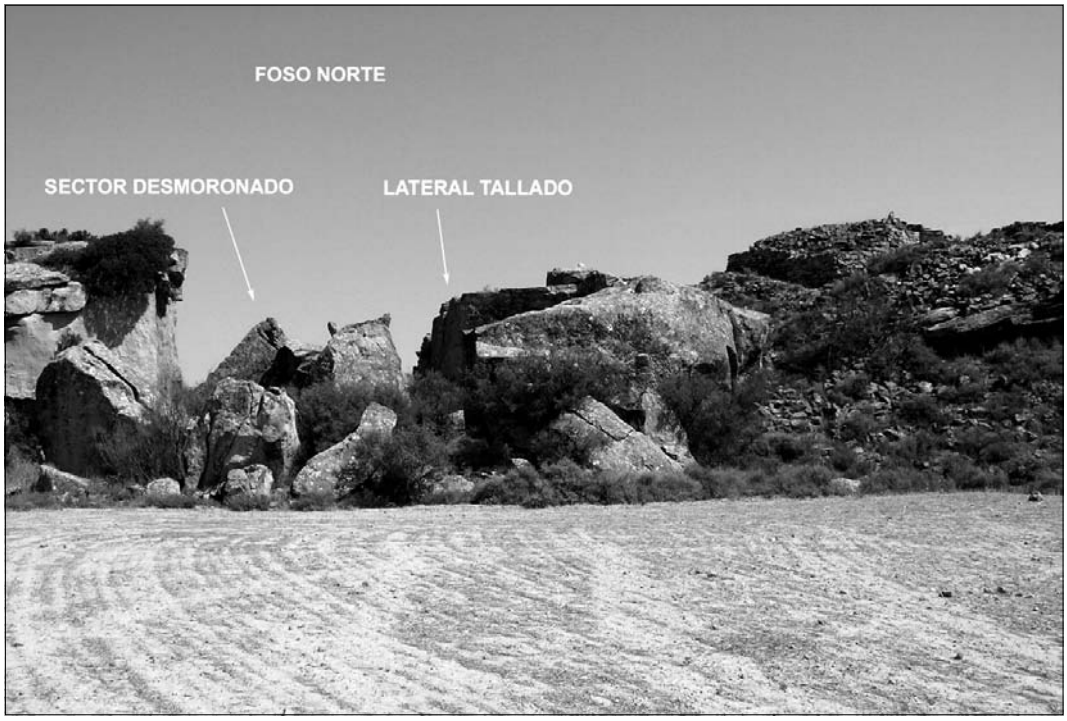


FIGURA 11.—Foso Norte de La Tallada. A la derecha basamento de la torre. Foto S. Melguizo.

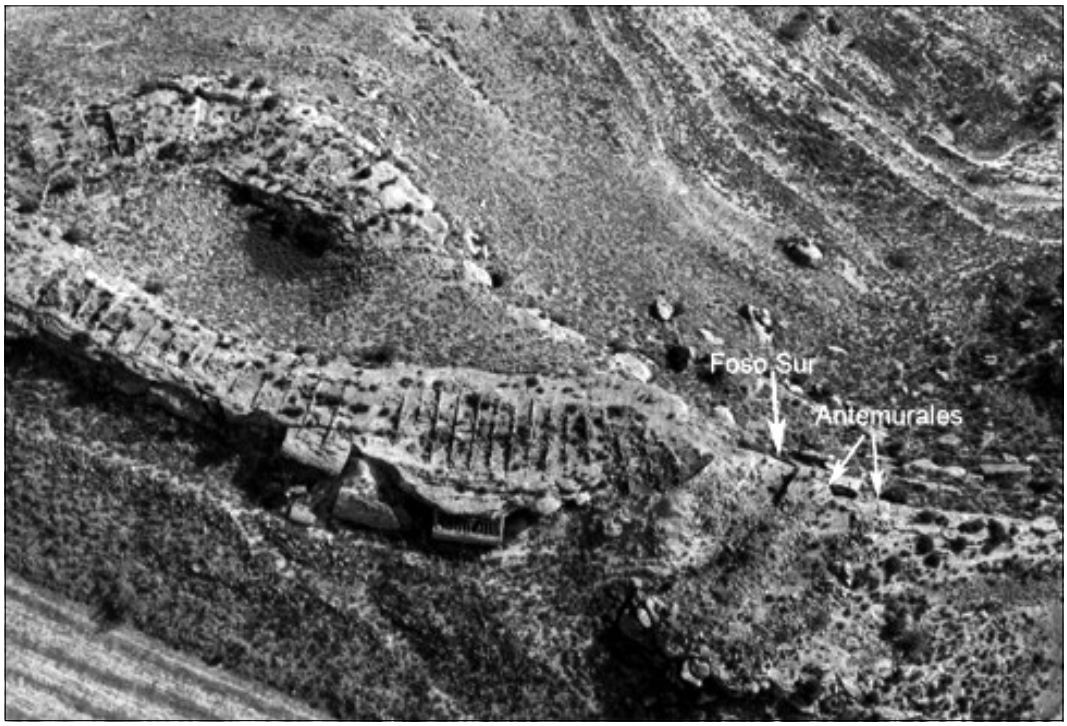


FIGURA 12.—Antemurales en el sector meridional de La Tallada. Foto S. Melguizo.



FIGURA 13.—Panorámica del foso meridional de La Tallada.

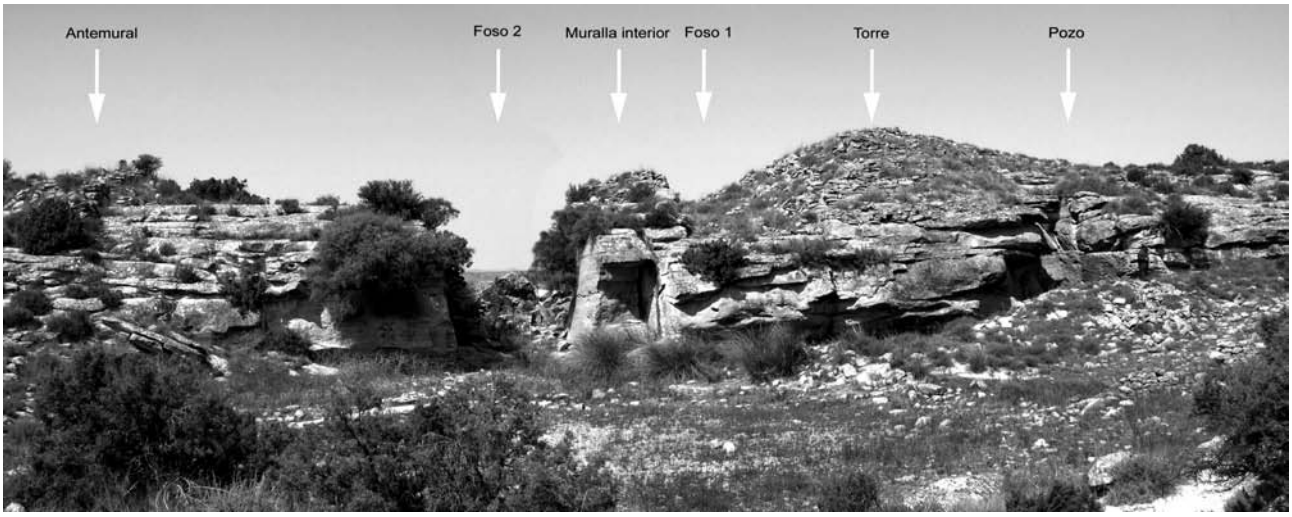


FIGURA 14.—Escalonamiento del sistema defensivo meridional de Palermo I.

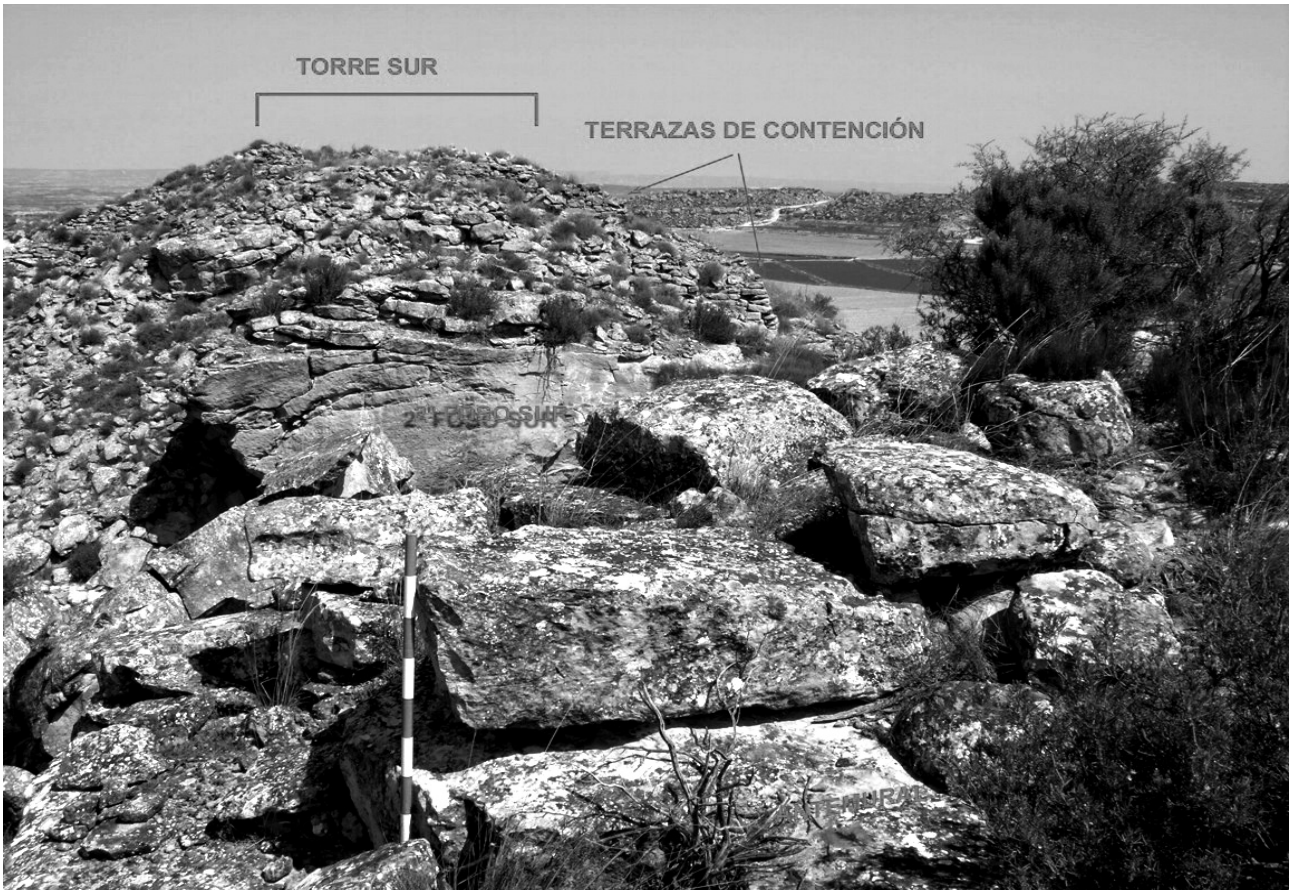


FIGURA 15.—Sistema defensivo Sur de Palermo I. Fotos S. Melguizo.

muralla de las acrópolis de estos poblados que tal función debía desarrollarse sobre los tejados de las casas. Dado que están unidas unas a otras debería existir en todas o en parte de ellas un paso hacia él. Cuando el número de individuos defensores concentrados fuera importante y se necesitara llegar lo más rápido posible a lo alto podrían encontrarse con alguna dificultad de organización entrando por cada una de las viviendas. Así pues este camino facilitaría en gran manera tal fin.

Palermo I posee en el sur de la acrópolis una torre de planta casi cuadrangular (6,59 por 6,48 m) que constituye el punto más elevado del conjunto (fig. 15). Contrasta con la similar de La Tallada por no ser un bloque homogéneo relleno de piedra, sino que el interior es diáfano (dato provisional a falta de excavación completa), así el grosor de sus muros varía entre 1,2 y 1,3 m. Hacia su lado este y sobre el cordón arenisco se levantaron al menos dos plataformas escalonadas de contención para asegurar su sustento. Hacia el oeste las viviendas se le adosan, formando el muro posterior de ellas (0,6 m de ancho) lo que parece definirse como pared de cierre de la acrópolis en esa zona. El elemento defensivo se completa con otras estructuras hacia el sur que ya hemos descrito en el apartado de lienzos y que completaremos en el de fosos.

La ladera occidental de la acrópolis, la más accesible, dispone de otro baluarte que se constituye en elemento destacado, pues esta vez su planta es curvilínea (fig. 5 y 8). Sus medidas, realizando una reconstrucción a partir de los restos hoy maltrechos tras su parcial arrase, podrían aproximarse a los 8,8 m de largo por 5,9 m de ancho. El grosor del muro visible alcanza el metro y medio en el sector curvado.

En resumen, existe un evidente aire de familia entre las torres curvilíneas del Matarraña, debido sobre todo a su monumentalidad y a la calidad del aparejo, a pesar de la diversidad de sus formas. La situación que se empieza a desvelar en Caspe es más compleja. La forma cuadrangular parece más arraigada, por lo menos es la que encontramos en los lugares más elevados y estratégicos de los yacimientos, pero existen también obras de defensa curvilíneas, posiblemente coetáneas de las cuadrangulares, como la torre occidental de Palermo I o el tramo de muralla curvo del extremo Sur de La Tallada.

5.3. Fosos:

El norte de la acrópolis de La Tallada queda delimitado por una excavación que secciona el paleocanal por completo con una anchura entre 11 y 12 m en su cima y una altura que ronda los seis como media (fig. 11). La medida debe matizarse conociendo la situación de cada una de las partes desprendidas, como la de dos grandes bloques más al norte que hoy hacen casi intransitable el lugar. Puede considerarse que parte de la incisión puede tener origen natural por desprendimientos aunque parece fuera de duda que haya existido un acondicionamiento humano.

El sur posee también una trinchera excavada en parte sobre la roca base (5,30 m de anchura por 1,7 m de profundidad) y otra más amplia en las margas del terreno (fig. 12 y 13). En esa última zona se aprecia que la contraescarpa fue cubierta con paramentos de mampostería arenisca. La escarpa está colmatada parcialmente por una escombrera de la antigua excavación y derrumbes del muro curvado superior. La muy reciente limpieza y restauración del yacimiento ha permitido observar que existen hiladas de mampostería que conforman una pared en talud con una interesante similitud con Castellans de Cretas.

El lienzo meridional de la torre cuadrangular en Palermo I da paso a sus pies a un primer foso tallado sobre la misma roca de unos 5,3 m de anchura en su lado oriental que no llega a seccionar completamente en vertical el paleocanal (fig. 14). Su escarpa se recrece con un muro de piedras de gran módulo al igual que la contraescarpa que se eleva con similares materiales y tamaños hasta presentar ahora una diferencia de cotas máxima de 3,70 m con su base visible al este.

A poco más de 4 m al sur de este foso nos topamos con el segundo foso que esta vez sí, perforando 6 m, prácticamente secciona el relieve arenisco en toda su potencia. La parte inferior muestra una anchura en su base de 5,1 m y va abriendo su sección hasta su nivel superior donde alcanza 6,75 m. Las dos paredes de esta gran trinchera dejan claro su origen al estar cubiertas por huellas de las herramientas utilizadas.

No existe ningún foso en Els Castellans ni en la Torre Cremada. En San Antonio de Calaceite, una balsa de forma irregular, con una longitud de 30 m y una anchura que oscila entre 4 y 9 m, se extiende al pie de la plataforma somital, al noroeste del poblado (fig. 2). Tenía seguramente una doble función, de cisterna para el suministro de agua, y de foso para la defensa del poblado.

5.4. Antemurales:

Como acabamos de señalar La Tallada en su parte meridional cuenta con un foso excavado. Al este finaliza en un precipicio, cuenta con escarpa de piedra en talud y contraescarpa construida (fig. 13). Se completa el conjunto con otros dos murallones paralelos separados entre sí por unos 5,4 m. Ahora aparecen como amontonamientos bastante considerables de piedras colocadas de forma muy tosca, de diversos tamaños y que no presentan ningún trabajo especial en su obtención. Su objetivo sería bloquear el paso y la visión directa al atacante desde la parte alta del resto del paleocanal meridional.

En el caso de Palermo el antemural encierra los sistemas de almacenamiento de agua destacando su construcción continua desde la cima del paleocanal hasta el nivel inferior.



FIGURA 16.—*Acrópolis de la Caraza de Vallerías (Alcañiz). En primer plano el foso excavado en la roca. Foto S. Melguizo.*

Existe también un antemural en San Antonio, delante del torreón. Es la prolongación de la contraescarpa que forma el límite noroeste de la balsa. Este antemural, combinado con el torreón y la balsa, crea una especie de *chicane* acodada que dificultaba el acceso hasta la puerta del poblado, situada en un ángulo entrante al este del torreón (fig. 2).

La fortificación de Els Castellans posee dos antemurales, muy derruidos, que cierran la cresta de la colina al Oeste del bastión. El primero está situado a 5 m del bastión, el segundo a 12 m. Su grosor varía entre 2,5 y 3 m.

5.5. Elementos de un patrón representativo en el Bajo Aragón: muralla/torre curva, fosos y antemurales

El sistema muralla curva con base en talud, foso y antemurales de La Tallada tiene evidentes paralelos con el del cercano yacimiento de Castellans de Cretas (Romeo, 2002: 162), siguiendo los principios de fortificación escalonada y estableciendo un dispositivo reforzado en la punta más vulnerable del recinto fortificado (Moret, 1996: 436).

La asociación torre cuadrada (sin excavar y por lo tanto sin completa seguridad), fosos con diferente profundidad y antemurales de Palermo resultaría una adaptación particular de este modelo. La Caraza de Vallerías, pocos kilómetros al sur de éste posee en la acrópolis, bastante arrasada por la erosión, un foso tallado y lo que pudiera interpretarse como ruinas de un baluarte sobre una pequeña elevación inmediata al este (Asensio, 1995: 205) (fig. 16). Igualmente se repite el esquema, aunque en diferente situación topográfica, en la vertiente noroeste de San Antonio de Calaceite de torre curva, foso y antemurales (véase *supra* y Romeo, 2002: 162).

Otros poblados que pudieran poseer similares dispositivos defensivos, ciertamente peor conocidos, podrían ser la zona oriental de Mas de Madalenes en Cretas, con un amplio foso excavado en la roca (Cabré, 1908: 229) y una torre curvilínea a su lado occidental (Moret, 2006: 202) y el Poblat Gran de la Vall de la Cabrera en Calaceite (Bosch, 1931: 75) con lienzos en las escarpas de una zanja de siete metros de ancho (Moret, 1996: 426).

La falta de una cronología firme para el establecimiento y desarrollo de estas estructuras en la mayoría de estos yacimientos sólo permite su atribución a los períodos amplios del Ibérico Pleno y Tardío, aunque a partir de los datos deducidos de San Antonio de Calaceite o de Castellans de Cretas se puede plantear allí su origen a lo largo del siglo III a.C.

Parece que la planificación previa de estas fortificaciones, deducible ante esta repetición de un prototipo, y la misma elección de lugares unidos mediante interconexiones visuales que estructuran y organizan un espacio físico y humano en el entorno del Regallo no es fruto de la casualidad.

Estas observaciones vienen a confirmar nuestras propuestas iniciales sobre un modelo regional basado en la distribución de las llamadas torres circulares. Con lo aquí planteado y en el seno de ese marco de tipología constructiva y espacial, parecen desarrollarse corrientes locales que vinculan estrechamente en sus planteamientos defensivos a las gentes que habitaban durante el período ibérico —especialmente en su fase tardía— los cauces del Regallo y el del Matarraña. Se da la notable coincidencia de que estas dos áreas, la una alrededor de Caspe, la otra entre Calaceite y Valderrobres, constituyen también dos de los principales focos de difusión de las estelas decoradas del Bajo Aragón, otra manifestación de un sistema de valores y de representación que parece propio del pueblo indígena que ocupaba esta parte del Bajo Aragón.

6. El papel de las fortificaciones en la estructuración espacial del paisaje

Los yacimientos de San Antonio, Els Castellans y Torre Cremada se sitúan en el valle medio del Matarraña, el último afluente de la margen derecha del Ebro que tiene aguas perennes (fig. 1). El dominio estructural de esta parte del Bajo Aragón es el horizontal, con relieves tabulares que quedan disectados profundamente por una red de barrancos de fondo plano, configurando un paisaje digitado de aristas o cordales que se dispone en graderío, quedando individualizadas pequeñas mesas. Este paisaje no presenta obstáculos importantes para las comunicaciones, pero la presencia de múltiples barrancos y relieves secundarios que fraccionan el territorio y acortan el horizonte, explica sin duda la tendencia del poblamiento ibérico a buscar los lugares de asentamiento más elevados.

En los tres casos analizados, desde la fortificación se domina visualmente una amplia extensión de terreno. Existe una interconexión visual entre Castellans y San Antonio, pero no entre Castellans y Torre Cremada. La relación visual entre San Antonio y Torre Cremada no tiene relevancia, puesto que estos dos yacimientos no llegaron a ser habitados simultáneamente.

Resulta extremadamente difícil reconstruir la red territorial del poblamiento ibérico a finales del siglo III en esta zona del Bajo Aragón, dado que San Antonio y Els Castellans son los únicos yacimientos de la comarca del Matarraña que han proporcionado materiales característicos de un período durante el cual las importaciones (especialmente las cerámicas de barniz negro) escasean en el interior del valle del Ebro. A pesar de estas limitaciones del registro arqueológico, se puede observar una modificación bastante marcada de los patrones de asentamiento. Es muy probable el abandono de varios poblados (El Cerrao, Tossal Montañés, Tossal del Moro, El Vilallonc, Piuró del Barranc Fondo) en una fecha que podemos situar en-

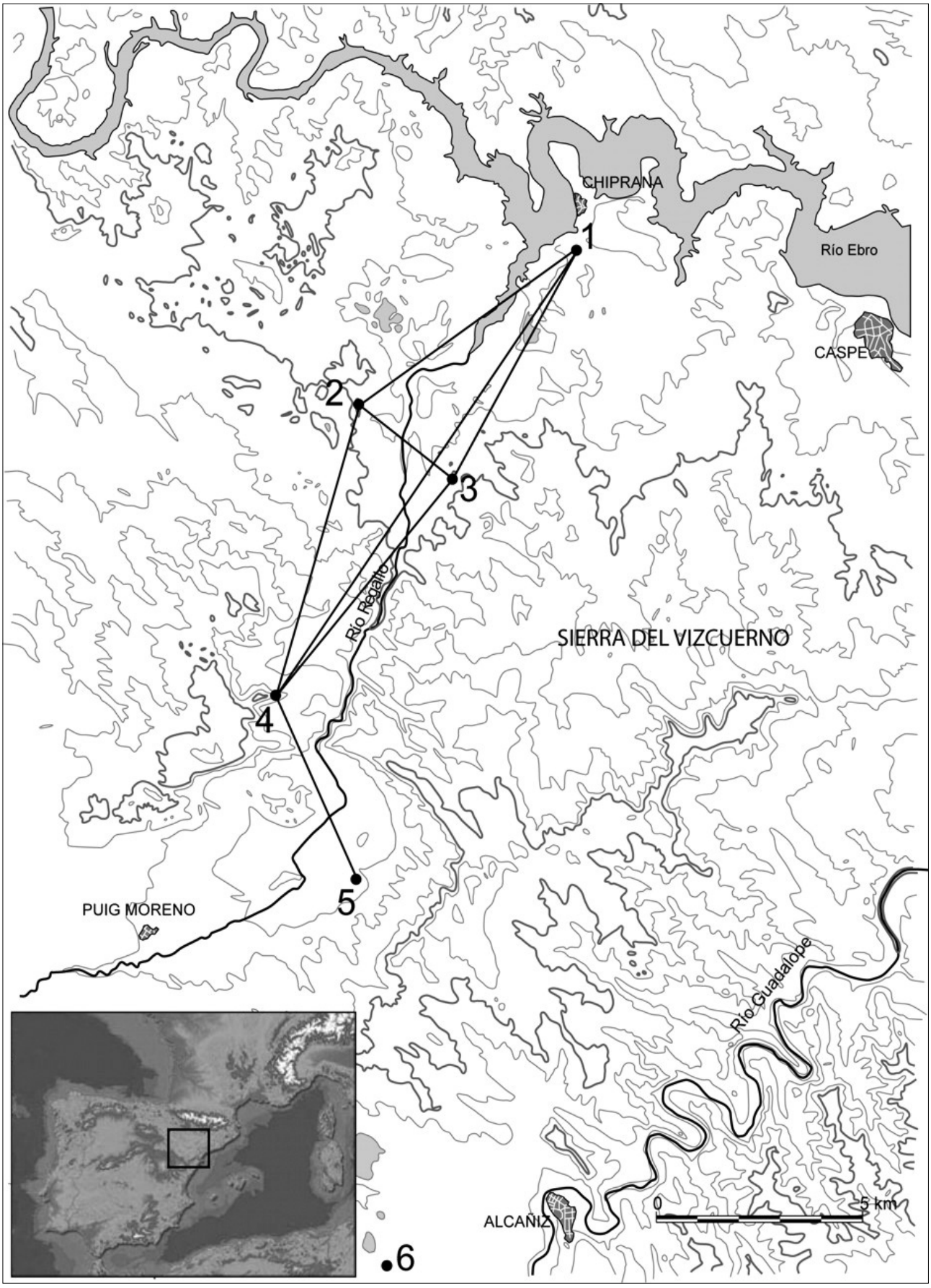


FIGURA 17.—*Situación y líneas visuales establecidas entre los principales yacimientos ibéricos del curso medio y bajo del Regallo: 1. Cabezo de la Estanca; 2. La Tallada; 3. Palermo I; 4. La Caraza de Vallerías; 5. Cabezo del Moro; 6. El Palao. Elaboración S. Melguizo.*

tre finales del siglo IV y mediados del siglo III (Moret *et al.*, 2006).

Además, todo parece indicar que en la segunda mitad del siglo III el poblado de San Antonio adquiere un notable protagonismo en el sector de interfluvio que se extiende entre el Matarraña y el Algars. A pesar de su reducida extensión —entre sus muros no podían vivir más de 200 o 300 personas—, hay varios indicios que nos llevan a pensar que dicho poblado había alcanzado en aquella época un rango preeminente. Tenemos, en primer lugar, su excepcional emplazamiento, visible desde cualquier lugar a más de 10 km a la redonda, y dominando el paisaje de barrancos y pequeñas colinas que se extiende entre ambos ríos. En segundo lugar, hay que considerar la importancia de la reestructuración del hábitat, con casas de gran tamaño en el nuevo barrio (miden en promedio el doble de las casas de la fase antigua) y una torre monumental que servirá de referente para otras edificaciones durante los dos siglos siguientes (véase *infra*), prueba de que esta singular construcción, sin paralelos conocidos en la arquitectura militar ibérica, se había convertido en una especie de símbolo de identidad para los iberos del Bajo Aragón oriental. A finales del siglo III San Antonio se había convertido sin lugar a dudas en un espacio de poder en el que probablemente vivían las familias más influyentes de la comarca.

El caso de Els Castellans es más complejo. Sin entrar en la cuestión de saber si un asentamiento fortificado tan pequeño debe ser tipificado como un poblado o un fortín, hay que recordar la existencia de otro más grande, sólo conocido mediante prospecciones superficiales, al este de la zona excavada por el *Institut d'Estudis Catalans* (Bosch Gimpera, 1931: 76; Burillo, 1991: 39 y 49).

Si se pudiera demostrar que estos dos yacimientos vecinos fueron ocupados simultáneamente, tendríamos que ponerlos en relación y ver en el recinto fortificado una defensa avanzada del poblado de la cima oriental, a modo de baluarte o de fortín. Así se explicaría el fuerte desequilibrio de las defensas, concentradas casi todas en su extremidad oeste. Si al contrario se comprobara que el poblado grande estaba abandonado cuando se construyó la fortificación, estaríamos ante un problema mucho más difícil.

Una primera solución consistiría en interpretar el asentamiento de la cima occidental como un fortín o lugar de vigilancia dependiente de San Antonio. Dos argumentos parecen abogar a favor de esta hipótesis. La torre de Els Castellans y la de San Antonio miran en direcciones casi opuestas, ésta al norte y aquella al oeste. Si se tratara de dos poblados fortificados independientes —y por consiguiente potenciales enemigos—, siendo vecinos muy próximos (la distancia que los separa es de sólo 3,9 km en línea recta), se esperaría que sus defensas estuvieran diseñadas y orientadas en función del riesgo que derivaba de esta vecindad. Al contrario, todo pasa como si las fortificaciones de los dos asentamientos fueran complementarias. Por otra parte, aunque Els Castellans es cuatro veces más pequeño que San Antonio (fig. 2), su sistema defensivo (bastión biabsidal + antemurales) ocupa proporcionalemente mucho más espacio que el de San Antonio, lo que parece indicar una función principalmente militar.

Sin embargo, la ausencia de rasgos estatales en la ordenación del territorio en esta parte del Bajo Aragón (Moret, 2002) y el caracter evidentemente no urbano del asentamiento de San Antonio, chocan frontalmente contra esta interpretación. No parece plausible que los dueños de un poblado del tamaño de San Antonio, aunque se tratase del más importante de la zona, tuvieran el poder político suficiente y los medios necesarios para mantener una guarnición permanente en la fortificación de Els Castellans.

Se puede hacer otra lectura de los datos arqueológicos. Recientes investigaciones, tanto en el Bajo Ebro como en el País Valenciano, tienden a reemplazar el concepto de poblado pequeño por el de casa o residencia fortificada, en diversos casos en los que se combina una fortificación de mediana o gran envergadura (generalmente organizada en torno a un torreón), un hábitat de muy reducida extensión (inferior a 1000 m^2), y la presencia de diversas actividades (defensivas, domésticas, artesanales, eventualmente cultuales) atestiguadas por el material y la disposición de los departamentos. Habrá que preguntarse si el recinto fortificado de Els Castellans no puede entrar en esa categoría. En cualquier caso, no se podrá escoger entre todas estas hipótesis mientras no se hacen nuevas excavaciones en los dos yacimientos de Els Castellans.

La Torre Cremada pertenece a una fase posterior de la historia del Bajo Aragón. Desde finales del siglo III a.C. hasta mediados del siglo I a.C., se produce un continuado proceso de abandono de los asentamientos ibéricos en el área del Matarraña, proceso que afecta principalmente a los caseríos y poblados de pequeño tamaño, situados en altura, alejados de las vías de comunicación y de las tierras más fértiles. Al mismo tiempo se crean nuevos asentamientos, como Torre Cremada en Valdeltormo, Camino de Santa Ana en Calaceite, Els Gallipons en La Fresneda o Mas de Madalenes en Cretas, donde se va concentrando la población del área (Moret *et al.*, 2006, fig. 227). Estos nuevos poblados adquirirán a partir de finales del siglo II a.C. un papel vertebrador en la nueva organización del territorio bajo dominio romano. Esta estrategia de recomposición del territorio parece responder tanto al deseo de integración de las élites indígenas como a exigencias de eficacia administrativa por parte de Roma.

Las nuevas formas de organización del hábitat pueden ser estudiadas con cierto detalle a través del caso de Torre Cremada. Como hemos visto, este asentamiento presenta dos partes claramente diferenciadas: un pequeño recinto fortificado sobre un espolón rocoso,

en la parte más alta del yacimiento, y un poblado que se extiende en la ladera debajo de esta potente fortificación. Lo que diferencia profundamente a este conjunto de los poblados ibéricos tradicionales es el hecho de que la fortificación se reserva a un sector limitado, en posición a la vez dominante y excéntrica, adoptando un aspecto francamente monumental y acentuando hasta la hipertrofia el carácter ostentatorio de la torre que constituye su elemento principal.

A la hora de explicar la función de este asentamiento construido hacia el 100 a.C., se presentan dos vías de interpretación. Por un lado, se puede poner el acento en su función militar en el contexto de un política romana de reorganización del territorio a partir de un pequeño número de puntos de apoyo fácilmente defendibles. Pero no se entiende bien cuáles debieron de ser los intereses estratégicos de Roma en esta zona marginal que no fue travesada por ninguna vía de comunicación importante. Por otro lado, deben subrayarse los componentes indígenas de este establecimiento, y en este contexto indígena, la torre monumental de Torre Cremada aparece sobre todo como un símbolo de identidad, encarnando los mismos valores guerreros que las estelas decoradas con figuras de guerreros y con lanzas. Torres monumentales y estelas decoradas parecen ser dos expresiones de un mismo sistema de valores que exalta la función militar y guerrera, fuente de legitimidad esencial para las élites ibéricas (Moret, 2003: 173-174). Si estos valores se exaltan con tanta fuerza, es precisamente porque, desde la instauración de la *pax romana*, la guerra ya no forma parte de la praxis social y política de los iberos (salvo en tanto que soldados auxiliares); pasando del horizonte de lo vivido al de lo simbólico, toma en la iconografía y en la arquitectura el lugar que ya no tiene en la realidad.

En Caspe, los yacimientos de La Tallada y de Palermo I se sitúan en un marco de paisaje particular (Ibáñez, 1976: 271-277) en el entorno de la desembocadura del Regallo caracterizado por sus formas de relieve (fig. 17). En general nos encontramos ante una llanura subdividida a su vez en pequeñas áreas depresivas que quedan encerradas por resaltes de areniscas calcáreas. Han permitido elegir como asentamiento lugares que naturalmente dificultaban el acceso a un posible atacante por sus laderas rocosas y abruptas.

Si esto puede apreciarse en las mismas inmediaciones perfectamente durante el Bronce Final (caso del inmediato yacimiento de Zaforas) o el Hierro Inicial (Corraliza de Rayes), pasará a ser más evidente durante el Ibérico pleno y tardío, momento en el que además de ese condicionante se tendrán en cuenta otros hasta entonces desconocidos o no necesarios.

Así entre La Tallada, Palermo y otro yacimiento ibérico de menor entidad física que ponemos en relación con ellos: Cabezo de la Estanca (Chiprana), encontramos que a la hora de elegir su emplazamiento se tuvo en cuenta la necesidad de una comunicación visual perfecta (fig. 17). Se establece así un triángulo cuyo vértice más septentrional es el tercero de ellos. De esta forma se constituye en vanguardia a la hora de comunicar a los demás cualquier acontecimiento que llegara por el cauce del Ebro.

Tallada y Palermo se sitúan frente a frente, a un poco menos de tres kilómetros, en cada una de las márgenes del cauce. No es casual la elección de dos conjuntos de paleocanales destacados como puntos de observación, a lo que ha de sumarse, como hemos comentado, su relativa dificultad en el acceso.

De esta forma vigilan, defienden o cierran el paso hacia el camino natural y ruta directa del pequeño río que en las proximidades, hacia el sur, comienza a encajarse en el anfiteatro de escarpes que rodea el área depresiva de Valmuel.

Parece evidente que existió un planeamiento más amplio espacialmente que los vincula mediante visuales con el también yacimiento ibérico de La Caraza de Vallerías. Éste, situado en el término de Alcañiz, es el punto clave desde el que se pueden ver a los tres y toda la desembocadura del arroyo, además de controlar por su inmediatez la ruta más directa hacia el sur.

Si a ello sumamos la visual que lo une al Cabezo del Moro (Bardavíu y Thouvenot, 1930), asentamiento más destacado por su extensión en toda esa llanura, adquiere un rango en la jerarquía entre ellos muy elevado, como ya se planteó en anteriores investigaciones (Benavente, 1984: 186).

Quedaría así propuesto un modelo de ocupación longitudinal de control (Ruiz y Molinos, 1993: 140) basado en la elección de puntos estratégicos y la intervisibilidad a lo largo de la parte media y final de Arroyo del Regallo.

7. BIBLIOGRAFÍA

ASENSIO ESTEBAN, J.Á., 1995: *La ciudad en el mundo prerromano en Aragón.*, Zaragoza (*Caesaraugusta*, 70).

BARDAVÍU, V.; THOUVENOT, R., 1930: *Fouilles dans la région de Alcañiz (Province de Teruel) I Alcañiz el Viejo. II El Palao. III Cabezo del Moro.*, Bibliothèque de l'École des Hautes Études Hispaniques, XI, 2, Bordeaux.

BENAVENTE, J.A., 1984: «El poblamiento ibérico en el valle medio del Regallo (Alcañiz, Teruel).», *Kalathos*, 3-4: 155-190.

BENAVENTE, J.A., 2004: «El traslado y reconstrucción del poblado ibérico de El Cabo (Andorra, Teruel): una alternativa a la destrucción del patrimonio ibérico.», *Museo de Zaragoza - Boletín,* 18: 11-24.

BENAVENTE, J.A.; GORGUES, A.; MARCO, F.; MORET, P., 2004: «Les campagnes de fouille 2003 et 2004 à El Palao (Alcañiz, Teruel)», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 34 (2): 358-370.

BENAVENTE, J.A.; MORET, P., 2002: «El poblado ibérico tardío de Torre Cremada (Valdeltormo, Teruel). Un hábitat fortificado del siglo I a.C. en el Bajo Aragón.», *I Jornades d'Arqueologia - Ibers a l'Ebre. Recerca i interpretació, Tivissa, 23-24 novembre 2001* (*Ilercavònia*, 3), Tivissa: 221-228.

BERROCAL, L., 2004: «La defensa de la comunidad: sobre las funciones emblemáticas de las murallas protohistóricas en la Península Ibérica.», *Gladius*, 24: 27-98.

BOSCH GIMPERA, P., 1915-1920: «Les investigacions de la cultura ibèrica al Baix Aragó.», *Anuari de L'Institut d'Estudis Catalans*, VI: 642-664.

BOSCH GIMPERA, P., 1931: «Les investigacions de la cultura ibèrica al Baix Aragó»., *Anuari de Institut d'Estudis Catalans*, VII: 72-80.

BURILLO MOZOTA, F., 1991: «Introducción a las fortificaciones de época ibérica en la margen derecha del valle medio del Ebro», *Fortificacions – la problemàtica de l'ibèric ple (segles IV-III a. C.). Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica*, Manresa, Centre d'Estudis del Bages: 37-53.

CABRÉ AGUILÓ, J., 1908: «Hallazgos arqueológicos.», *Boletín de Historia y Geografía del Bajo Aragón*, Año II, Núm. 5: 214-243.

CABRÉ AGUILÓ, J., 1984: «San Antonio de Calaceite (Catálogo Monumental de Teruel. Tomo 1).», *Kalathos*, 3-4: 9-49.

GALIAY, J., 1945: *Prehistoria de Aragón.*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza.

IBÁÑEZ, M.ª J., 1976: *El piedemonte ibérico Bajoaragonés. Estudio Geomorfológico.*, Madrid.

MELGUIZO, S., 2005: *Íberos en el Bajo Regallo*, CEDEMAR e Institución Fernando «El Católico», Zaragoza.

MOREL, J.-P., 1981: *Céramique campanienne: les formes.,* París, Bibliothèque des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome, 244.

MORET, P., 1996: *Les fortifications ibériques, de la fin de l'âge du bronze à la conquête romaine*, Madrid, Collection de la Casa de Velázquez, 56.

MORET, P., 2002: «Reflexiones sobre el período ibérico pleno (siglos V a III a. C.) en el Bajo Aragón y zonas vecinas del curso inferior del Ebro.», *I Jornades d'Arqueologia - Ibers a l'Ebre. Recerca i interpretació, Tivissa, 23-24 novembre 2001* (*Ilercavònia*, 3), Tivissa: 111-136.

MORET, P., 2003: «Fortifications ibériques tardives et défense du territoire en Hispanie citérieure.», Á. Morillo, F. Cadiou y D. Hourcade (ed.), *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto. Coloquio celebrado en la Casa de Velázquez (19 y 20 de marzo de 2001)*, Universidad de León: 159-183.

MORET, P., 2006: «Torres circulares del Bajo Aragón y zonas vecinas: hacia la definición de un modelo regional.», en A. Oliver Foix (ed.), *Arquitectura defensiva. La protección de la población y del territorio en época ibérica (Benicarló, 3-4 de febrero 2005)*, Castellón, Sociedad Castellonense de Cultura: 187-218.

MORET, P.; BENAVENTE, J.A.; GORGUES, A., 2006: *Iberos del Matarraña. Investigaciones arqueológicas en Valdeltormo, Calaceite, Cretas y La Fresneda (Teruel).*, Alcañiz, Taller de Arqueología de Alcañiz - Casa de Velázquez.

PALLARÉS SALVADOR, F., 1965: *El poblado Ibérico de San Antonio de Calaceite*, Barcelona, Instituto Internacional de Estudios Ligures.

PELLICER, M., 1951: «Yacimientos arqueológicos en el término de Caspe.», *Caesaraugusta*, 1: 389-396.

PELLICER, M., 2004: *Panorama histórico-arqueológico de Caspe en el Bajo Aragón.,* Zaragoza, Colección Historias Municipales, 2.

RUIZ, A.; MOLINOS, M., 1993: *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico.,* Barcelona.

ROMEO MARUGÁN, F., 2002: Las fortificaciones ibéricas del valle medio del Ebro y el problema de los influjos mediterráneos.», P. Moret y F. Quesada (ed.), *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a. de C.)*, Collection de la Casa de Velázquez, 78: 153-188.

VALLESPÍ, E., 1954: *Anotaciones al mausoleo romano de Fabara*, reedición en A.A.V.V., *Memorias incompletas de Fabara,* Grupo Cultural Caspolino, 38, Almazán (Soria), 1986: 203-256.

VALLESPÍ, E., 1957: «Las prospecciones y excavaciones arqueológica de D. Lorenzo Pérez Temprado (1865-1954)», *Teruel* , 17-18: 353-356.